

Versalles que era un hombre vehementísimo creyó que se debía contestar de otro modo, y al efecto, presentó una proposición de acusación contra seis individuos de los comités, contra Collot d' Herbois, Billaud-Varenes y Barere, y Vadier, Amar y David. La discusión principió el día siguiente 28 de Agosto.

Tallien apoyó á Lecointre á pesar de que había procurado disuadirle por parecerle inconveniente, pero procuró apartar la cuestión de acusación que hacía esfuerzos para ahogar oponiendo el programa de un gobierno revolucionario y liberal, así cuando Goujon, uno de los miembros más jóvenes de la montaña, pidió que cesara la discusión al instante, la Convención se mostró desde luego dispuesta á seguirle, pero equivocándose sobre sus sentimientos los acusados. Vadier se lanzó á la tribuna con una pistola en la mano diciendo que si se negaba la Convención á escucharle se levantaba la tapa de los sesos. Pero la Convención se le impuso, y el presidente que era aquel día Thuriot logró que la Asamblea pasase á la orden del día después de declarar que los acusados habían siempre obrado conforme á los deseos del pueblo.

Al otro día se renovó la cuestión por la montaña, se exigieron á Lecointre las pruebas de su acusación, y como éste no las tuviera se le cubrió de insultos y la Convención rechazó su acusación como calumniosa,—29 de Agosto.

Lecointre había, pues, con su intemperancia, proporcionado á la montaña un triunfo que no tuvo consecuencias, porque lo mismo en París que en provincias las gentes timoratas y prudentes habían cobrado ánimo y no estaban dispuestos á sufrir de nuevo la tiranía de los comités. Esto conocieron los miembros objeto de la execración pública, y Billaud y sus colegas dimitieron, siguiéndoles Tallien y hasta el mismo Lecointre para que no se diera ocasión á recriminaciones como las que acababan de tener lugar. Sin embargo, los jacobinos no fueron ni tan prudentes ni tan políticos y les pagaron borrando de la lista de sus socios á Tallien y Freron. El comité se completó dando los puestos vacíos á ardientes montañeses, y los mensajes de los jacobinos continuaron recibiendo como antes la mejor acogida.

Esta pacificación después de la acometida de Lecointre sólo podía presagiar una furiosa tempestad. Habíase empezado mal la partida y era necesario retroceder para regularizar el juego. Las fuerzas habían quedado intactas. Las cóleras volvieron á estallar con motivo del proceso de los 132 nanteses en-

viados por Carrier al Tribunal Revolucionario de los que ya hemos hablado.

Resultaron del proceso probadas tantas y tantas iniquidades que los jacobinos vieron claro que de no asumir atrevidamente todas las responsabilidades iban á ser vencidos sin combate. Una tentativa de asesinato contra Tallien determinó la explosión.

Merlin de Thionville fué el primero en atacar el club de los Jacobinos con la mayor destemplanza pidiendo claramente que se cerrara, ó por lo menos que se comprometieran todos los diputados á no poner más los piés en aquel antro de bandoleros, y entre los gritos y protestas de indignación de los montañeses. Durand Maillane, un individuo del centro, declaró que los clubs afiliados eran un peligro para todo gobierno, cualquiera que éste fuera. El resultado fué encargar al Comité de salvación pública un informe sobre la cuestión. La cuestión quedaba planteada y la solución no podía tardar.

Comprendían los jacobinos que si el centro les abandonaba estaban perdidos y para impedir la desertión no se les ocurrió cosa mejor que llevar el día 11 de Setiembre á la tribuna á Collot d' Herbois para pedir que de nuevo fueran encarcelados los que habían recibido la libertad después del 9 de thermidor, y Meaulle le secundó pidiendo además la libertad para los patriotas presos por delitos ordinarios. Merlin cortó el debate preguntando á la Convención si es que quería sustraer á la acción de la justicia á los pillos y á los ladrones. Nuevamente, pues, quedaba aplazado el gran debate, porque la acometida había sido tan irreflexiva por parte de los jacobinos esta vez, como lo fuera antes la de Lecointre.

Tocaba ahora á los thermidorianos acometer y cargaron el 3 de Octubre. En el ínterin se había terminado el proceso de los nanteses que el tribunal declaró inocentes y víctimas de la tiranía, ordenando además la prisión del tribunal de Nantes,—14 de Setiembre,—y esta decisión alentó á muchos á revelar hechos atroces del terror cometidos por todas partes. La exaltación de los ánimos iba creciendo por todos lados, y la falta de hombres autorizados para establecer una corriente de opinión hacía que la anarquía reapareciera por todos lados. Es en este momento cuando aparece la juventud dorada vistiendo casaca gris con cuello negro. Al brazo llevaban un crespón como señal de luto por las víctimas del terror, y si en un principio iban solo armados de un garrote, luego Freron y Tallien les dieron sables y fusiles y se les enseñaron maniobras militares. El ejército reaccionario se iba, pues, or-

ganizando á las barbas de los jacobinos, que no podían presentarse en parte alguna sin recibir los palos de la juventud dorada cuyo cuartel general era el Palacio Real que habían tenido que abandonar los jacobinos. El pueblo, viendo que las autoridades públicas no castigaban aquellos atropellos, se fué retirando de la escena política, porque aquel abandono de la seguridad pública, le daba á entender la proximidad de una revolución cuyo programa nadie definía. En la calle iban, pues, solo á quedar los partidos políticos. La nación iba á concentrarse para ulteriores esfuerzos.

Lindet, el más estimado de todos los miembros del Comité de salvación pública, intervino para proponer una especie de amnistía del pasado, haciendo ver como las miserias del presente no podían hacer más que aumentar con las divisiones de los partidos, y cuanto convenía entregarse á la hermosa tarea de reparar tantas ruínas y disponer el palacio del porvenir. Pero su exhortación se perdió. Roberto Lindet al fin y al cabo había autorizado todos los actos del terror y el beneficio de la amnistía había de comprenderlo. Pero ya hemos dicho que los restos de los dos comités del terror no comprendieron nunca que su papel político había acabado y que toda la agua de los ríos de Francia que había dejado de enrojecer el terror, no bastaban para lavarles de las manchas que habían hecho la Loire y el Rhódano.

Inevitable la pelea, Legendre, el 3 de Octubre, se metió resueltamente de por medio pidiendo la acusación criminal de Billaud-Varenes, Collot d' Herbois y Barere. Cambon salió á la defensa de Barere y le defendió recordando que había, aún antes del 31 de Mayo, producido secretamente una acta de acusación contra Robespierre, Danton y Pache. Cuando así era necesario defender á los hombres del comité, éstos podían considerarse perdidos. Clauzel á este servicio opuso su participación en todos los crímenes que precedieron y determinaron la ley de 22 prairal. Collot se defendió con brío y habilidad, pues viendo que se reservaba á los organizadores recordó la solidaridad de los individuos del comité y las firmas de todos, puestas al lado de los decretos que más se censuraban ahora, y si con esto podía lograr que algunos ó muchos por temor de comprometer á los organizadores negaren sus votos á la proposición de Legendre, cuando decía con elocuencia que, en suma, la Convención en masa era tan responsable de todo como ellos, por lo mismo que lo que hizo el 9 thermidor hubiera podido hacerlo antes, todos sus miembros hubieron de re-

cordar sus votos, y decirse que en efecto, sin la pusilanimidad, ni los reyes, ni los príncipes, ni los girondinos, ni los dantonianos hubieran perecido. El golpe surtió su efecto, y á pesar de la briosa participación de Merlin de Thionville, la Convención aprobó la proposición de Breard de que se pasase á la orden del día.

El final, pues, había sido un triunfo para la montaña, pero Carnot, Lindet y Prieur, comprendiendo que para ellos solos había perdón, abandonaron sus puestos,—6 de Octubre.—Cuando Carnot, indudablemente el hombre más respetado, se retiraba sin combatir, lo más prudente para sus colegas era escapar.

Resultaba, pues, de todo esto, que como al fin y al cabo lo que se pretendía de la Convención era que continuase entregando sus miembros al Tribunal Revolucionario, lo que la Convención había entendido acabar para siempre con la hornada del 9 thermidor, la montaña aparecía triunfante á los ojos de los menguados y de los partidarios, para quienes lo importante era la solución. Así hubieron de decirse los bárbaros de Nantes que cuando la Convención rechazaba una y otra vez las proposiciones de acusación contra los hombres del terror, que el terror podía y debía continuar á la orden del día, en efecto, en Nantes se arrojaron al río en aquellos días á treinta y nueve infelices.

Merlin apenas tuvo noticia de ello,—13 de Octubre,—lo denunció á la Convención y la Asamblea que estaba dispuesta á perdonar para perdonarse, no pudo contener su indignación al ver que se la quería de nuevo comprometer y ordenó á petición de Merlin que los autores de aquellos asesinatos comparecieran delante del tribunal á fin de descubrir sus cómplices.

La última *noyade* de Nantes perdía á los jacobinos, éstos querían á toda costa continuar el terror contra la voluntad de la Convención, y ésta resuelta á no sufrir más sus imposiciones, iba á hacerles comprender que al fin y al cabo eran los representantes del pueblo francés, y la única Asamblea soberana.

Delmas en nombre de los comités de gobernación presentó el 16 de Octubre á la Convención un proyecto de ley que prohibía «toda clase de afiliaciones, así como toda correspondencia en nombre colectivo entre sociedades populares,» previniendo que en lo sucesivo toda clase de peticiones debían llevar firmas individuales. En este proyecto en el que no se coartaba, es cierto, la libertad de las opiniones, se infería, es cierto, un ataque mortal á la

libertad de asociación, pero cuando una libertad da lugar por desvío de sus preceptos á un abuso, esta libertad se eclipsa. Es necesario respetar profundamente la libertad de los otros, si se quiere que una libertad en cuyo nombre se oprime sea respetada. Los clubs Jacobinos, por sus afiliaciones habían sido durante mucho tiempo el verdadero centro del gobierno, y nosotros hemos visto á los primeros hom-

bres de la revolución, atender más al club Jacobino de París que á la misma Convención. Los clubs el 31 de Mayo llegaron á tener presa la Convención; la Convención no podía menos de romper en estos momentos de suprema crisis los lazos de aquella tiranía. La ley de Delmas fué aprobada artículo por artículo. La oposición fué, sin embargo, enérgica, pero en los Jacobinos no dejó de notarse con amar-



Gobel abdica el episcopado

gura que sus jefes, sus héroes, se habían callado durante la discusión. «Sí,—respondió Billaud-Varennes,—hemos callado, de hablar, hubiésemos empeorado nuestra causa en lugar de servirla.» Este era el resultado que se había obtenido con tantos combates parciales. Los terroristas, los jacobinos no estaban ya en disposición de combatir.

Comprendiéndose ya por donde había de venir la muerte, se acudía al Tribunal Revolucionario que ejercía de Tribunal de policía, para poner de relieve todos los crímenes del terror, y como los de Nantes eran inagotables y se había procesado á sus autores, éstos, claro está, sólo podían defenderse alegando haber pura y simplemente cumplido las órdenes de sus superiores. ¿Quiénes eran éstos? Carrier, y Carrier se sentaba en los bancos de la Convención?

Acusóse á Carrier, entregarlo era abrir de nuevo la Era que se había querido cerrar. Sin embargo, eran tan atroces los crímenes del procónsul de Nantes, que parecía que no se les podía dejar impunes; en su consecuencia se estudió á propuesta de Tallien la manera de proceder «sin volver á las muertes judiciales,» y esto dió lugar, al ver que no se quería sin menoscabo de las formas perseguir al crimen, á que se proclamara la libertad de los setenta y tres diputados que habían protestado del ignominioso 31 de Mayo y que continuaban presos con menosprecio de las formas. Esta pretensión era justa, pero su autor, como Collot, ponía á la Convención en el caso de volver por sí.

Dar la libertad á los setenta y tres diputados presos por su orden, reintegrarlos en sus puestos de dipu-

tados, era introducir en la Convención, reducida á poco más de 250 diputados, que eran los que por lo general asistían á sus sesiones, una fuerza capaz de cambiar radicalmente la marcha de las cosas. Tallien y Thuriot se espantaron de la proposición y de lo que podría suceder, y Thuriot sin embajes ni rodeos, se lo dijo á la Convención. Esta acordó proceder con tiento, y los thermidorianos resultaron nuevamente vencidos por su intemperancia.

Pero las cosas caen siempre del lado á que se inclinan, y la reacción contra el terror había de llegar forzosamente á sus últimas consecuencias.

El día 23 de Octubre presentaron los comités su proyecto de ley sobre la marcha que se debía seguir cuando se acusase á un diputado. Las formalidades protectoras no faltaban. Hecha la acusación, era necesario que los Comités de gobernación declarasen que había lugar á ella; luégo se debía proceder á la elección de un comité de veintitún miembros por vía



CHAUMETTE

de suerte, que debía abrir una información exclusivamente sobre los puntos señalados por el comité, y en vista de su informe se debía resolver si se decretaba ó no la acusación, para lo cual se señalaba para dentro tercero día el debate contradictorio. Si la Convención resolvía afirmativamente, se entregaba al acusado al tribunal competente que debía juzgar sobre los puntos señalados y no sobre ningún otro.

Todas estas garantías bastaban seguramente para prevenir toda resolución poco meditada, pero al fin y al cabo hacía de la Convención un tribunal de justicia, pues si ésta debía estudiar los puntos de la acusación y declararla fundada, ¿el tribunal de derecho tenía nada más que hacer que aplicar la pena? La experiencia se hizo, y hé aquí porque al solidarise el sistema parlamentario se ha siempre rechazado todo lo que pudiera dar á una Asamblea el carácter de tribunal. Hoy por hoy son los tribunales ordinarios los que piden el procesamiento de un diputado

por delitos comunes, y las Asambleas no hacen más que estudiar si es fundada la petición, sin entrar en el fondo de los hechos incriminados para evitar el pronunciarse sobre ellos de una manera directa ó indirecta.

Carrier no podía ya escapar. Los comités declararon que había lugar á la formación de causa,—29 de Octubre de 1794.

Durante la discusión del proyecto de ley que acabamos de examinar que duró ocho días, los jacobinos procuraron en vano una insurrección de los patriotas parisienses, sólo el club electoral que presidía Babeuf, un fanático jacobino, se mostró dispuesto, pero como nadie le secundó, fué el club disuelto y preso su presidente. Ahora era necesario que los jacobinos procuraran defenderse con mejor acierto.

Carrier sólo podía defenderse como se habían defendido sus subordinados, esto es, diciendo que sólo había cumplido las órdenes de los comités, por